

Carilla
2009

LOS LIBROS QUE NUNCA HE ESCRITO

TEZONTLE

Traducción de
MARÍA CONDOR

GEORGE STEINER

Los libros
que nunca he escrito



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
EDICIONES SIRUELA

Del hombre y la bestia

Me imagino que el proceso requirió cientos de miles de años. No sabemos dónde ni cómo tuvo lugar. Como bajo una luz matinal que avanza poco a poco, los homínidos prehistóricos llegaron sin duda a verse, a considerarse, diferentes de los animales. O, en una revolución de la conciencia mucho mayor que ninguna que haya habido después, como animales de una raza especial. Las incitaciones a este reconocimiento —sensoriales, cerebrales, tal vez sociales, si bien de una manera vacilante, fluida— surgirían tanto pragmáticamente como del interior de los recovecos de la psiquis, que iban madurando. Si supiéramos cómo explorar a suficiente profundidad el magma nocturnal de lo que llamamos “el yo”, podríamos detectar huellas de ese “big bang”. Quizá persista algo de ruido de fondo en los bordes, fundamentales pero irrecuperables, donde se viene abajo la racionalidad humana o en el escondido prólogo a los sueños. El símil cosmológico, no obstante, es engañoso. No hubo ningún estallido repentino, ninguna expansión de fantástica rapidez. El desarrollo debió de tener lugar a través de minúsculas fases marcadas por innumerables regresiones, por una atracción gravitacional hacia atrás, acaso por una compulsiva reversión a los perdidos consuelos de la animalidad. Quizá se necesitó un millón de años o más, un millón de años de titubeo y nostalgia subconscientes antes de cruzar el umbral

va tras la creación del hombre en "el hombre"

—ésta es a su vez una imagen simplista— para acceder a la singular situación, a un tiempo soberana y catastrófica, de percibirse a uno mismo como humano, como un animal distinto del animal. No hace falta ser un lógico hegeliano para darse cuenta del impacto de la carga negativa que lleva la aserción "soy humano, no soy no-humano". Esta propuesta de definición de uno mismo siempre es hipotética, siempre está sujeta a una matización psicológica, moral o genética. Contiene una reivindicación de "otredad" del género más radical, entendiendo por "radical", como insistió Marx, lo que concierne a nuestras raíces.

Es posible conjeturar algunos de los fundamentales encuentros con el orden natural, con la fauna que abarrotaba la Tierra, a menudo con fuerzas físicas mucho mayores que las del hombre "embrionario", encuentros que desencadenaron el paso a la singularidad. Erectos, dotados de visión estereoscópica, con su pulgar oponible, capaces de producir herramientas de eficacia creciente, los bípedos que somos empezaron a matar con más frecuencia que a ser matados, a devorar de manera más rutinaria que a ser devorados. Algunos antropólogos adscriben la transición determinante —acaso habría que decir "transgresión"— al dominio del fuego. Capaz de encender y mantener el fuego a voluntad, los hombres y mujeres protohistóricos entran en un ámbito de planificación, de previsión, en el que no se admite ni siquiera a los animales más prudentes. Las criaturas de Prometeo podían ahora guisar su comida, mantenerse calientes durante el invierno y tener luz después de ocultarse el sol. Otros paradigmas, los modelos marxistas entre ellos, asocian la conversión del hombre en "el hombre" al cultivo y almacenamiento colectivos de alimentos. Estas destrezas de sobrevivencia sí parecen necesitar, aunque sea en un nivel transitorio y rudimentario, de un grado cada vez mayor de organización social. (Sin embargo, precisamente en este aspecto a las hormigas y a las abejas les va bastante mejor que al *Homo sapiens*.) En lo esencial, el hombre solitario aún no es totalmente humano, como dice

Rousseau] La antigua sabiduría mantenía que era o un dios o una bestia.

Casi de forma universal —hay enigmáticas excepciones—, los mitos de la creación y la antropología filosófica trazan la línea que separa al hombre del animal en relación con el lenguaje. El hombre es el "animal parlante" (*zoon phonanta*). Pájaros, ballenas, primates e insectos han desarrollado medios de comunicación, algunos de los cuales parecen ser altamente sutiles (la danza semiótica de las abejas, las canciones de las ballenas). Pero solamente el hombre habla de una manera innovadora e integral. Los orígenes de esta decisiva singularidad han propiciado especulaciones teológicas, epistemológicas, poéticas, sociológicas, desde la remota antigüedad. Hoy, la enjundia del argumento y de la conjetura ha pasado a la anatomía comparada (la evolución de la laringe), la teoría de la información, la neurofisiología y el diagrama del córtex cerebral humano. Los simulacros informáticos, los modelos basados en la electroquímica de las sinapsis cerebrales, las gramáticas generativas y transformacionales han dado lugar a teorías extremadamente ingeniosas. ¿Es injusto señalar que se han obtenido escasos conocimientos fundamentales? Con harta frecuencia, estos algoritmos positivistas dan por sentadas cosas que hay que demostrar. La clásica convicción de que el habla humana fue otorgada e inspirada por Dios por lo menos es sincera (Hamann la expone de un modo majestuoso). El carácter innato que postulan las gramáticas generativas carece de toda base neurofisiológica y deja de lado el problema de la génesis. La interrogante de si existe conceptualización sin lenguaje o anterior al lenguaje sigue sin resolverse. Un punto en común es el del reconocimiento de que las capacidades del lenguaje para clasificar la realidad, abstraerla o metaforizarla —si es que hay un lenguaje "exterior"— constituyen no sólo la esencia humana sino su primordial delimitación respecto de la animalidad. (Una vez más, el caso del sordomudo encarna lo que es quizás un quid enigmático.) Hablamos, luego pensamos; pensamos, luego hablamos: un dinámico círculo vicioso que nos

define. La palabra, el "verbo" que existía en el principio, aun despojada de sus implicaciones teológicas y místicas, inició la humanidad. También marcó el adiós del hombre a sus competidores animales, *compagnons* y, por así decirlo, contemporáneos. El tiempo de los hombres y las mujeres sería distinto del de los animales. Somos incapaces de concebir nuestra condición interna ni externa, el conocimiento ni la imaginación, la historia ni la sociedad, el recuerdo ni el futuro sin lenguaje(s). Este carácter axiomáticamente indispensable nos inclina a olvidar las funciones primarias que no requieren discurso. Ya he señalado las ambiguas relaciones entre el habla y la sexualidad. El hambre y la sed tienen sus mudos imperativos. Al igual que el odio. Los gritos de batalla no necesitan sintaxis alguna. Pero sobre todo somos más que cualquier animal, o, dicho con más exactitud, somos diferentes de cualquier otro animal, hasta de los primates, con los que tenemos en común más de un noventa por ciento de nuestro genoma, porque somos capaces de articular y conceptualizar este hallazgo. Los animales no pueden responder. Sólo unos cuantos místicos -Sigfrido cuando escucha el aviso de los pájaros, san Francisco cuando predica a los peces- pueden cruzar la línea divisoria para adentrarse en el lenguaje que no es lenguaje de los animales. A él mismo y a los demás hombres, solamente el hombre les habla.

La intuición y la reflexión han asociado durante mucho tiempo esta singularidad con el miedo humano a la muerte. Las dotes lingüísticas de los hombres y mujeres les otorgan la capacidad de conceptualizar y verbalizar su propia mortalidad. En relación con esto, se ha sostenido que los animales no poseen este conocimiento previo de su propia desaparición, que viven en un presente permanente. Pero ¿es así? No es sólo a los elefantes a los que tanto la fábula como el testimonio directo atribuyen una cierta previsión de su propia muerte, previsión señalada por una discreta retirada en soledad. Todo el que esté familiarizado con algunas especies domésticas, en especial los perros, habrá observado pautas de conducta, modulaciones de actitud que indican claramente una anticipación de la muerte.

Entre los mamíferos hay incluso fenómenos que parecen ser reflejo de un duelo y de visitas a los restos de sus difuntos. De nuevo, los elefantes son un excelente ejemplo. Para corresponder, la mitología y el folclor hacen de los animales los anunciadores de nuestro propio fallecimiento. Si la muerte tiene su olor, los animales lo detectan tempranamente. Las lechuzas ululan, los cuervos croan, los lobos aúllan alrededor de las moradas de los sentenciados. Los caballos de Aquiles conocen este inminente destino. Los gatos, tan queridos desde hace mucho, se apartan del aroma de la fatal debilidad y su pelo se eriza ante la muerte. Creo que la diferencia está en otra parte. En *Después de Babel* he tratado de demostrar que la vitalidad, el avance de la conciencia humana y de la historia social guardan íntima relación con la gramática de los subjuntivos, los optativos y los contrafactuales. Nuestra capacidad semántica para trascender, para negar los brutales imperativos de nuestra condición orgánica, para discutir con la muerte, depende del "absurdo" inductivo, de la brujería de los futuros verbales. En virtud de unas licencias gramaticales cuyas infundadas pretensiones raras veces nos detenemos a considerar, los hombres y las mujeres pueden describir el día de su propia muerte, pueden conversar sobre él. Pueden programar objetivos sociales, analizar configuraciones científicas con una perspectiva de milenios. Es esta sintaxis del futuro lo que parece humano por antonomasia. Lo que nos singulariza ontológicamente. Es evidente que los animales anticipan el peligro inmediato. Pueden percibir terremotos horas antes de que destruyan nuestras ciudades. A mis perros les hace temblar un trueno mucho antes de que sea perceptible por el oído humano. Los animales emprenden el vuelo, exhiben su camuflaje, cavan zanjas, almacenan comida. Pero no hay nada que haga pensar que se imaginen "más allá de sí mismos", que puedan acceder mental o simbólicamente al mañana. Sus gramáticas son las del pasado y el presente: esto podría ser una buena descripción del instinto.

No obstante, durante la mayor parte de la historia y aún hoy, las delimitaciones, las fronteras siguen siendo inciertas.

La concepción de que los animales son anteriores al hombre, de que son nuestros antepasados, está ya firmemente establecida excepto entre los fundamentalistas. Los mitos de la creación, las etiologías de la evolución humana invocan un origen animal. El hombre prehistórico era darwiniano. En las fábulas nacemos de huevos de ave, de excrementos de animales, de dientes de dragón. Somos amamantados por lobas, alimentados por cuervos compadecidos, llevados a lugar seguro a lomos de delfines. La religión y los mitos no hubieran podido originarse si las diferencias entre el orden humano y el orden animal no fuesen vagas y susceptibles de metamorfosis. El paso al culto empezó con representaciones de animales. Anubis y el panteón egipcio tienen cabezas de animales. La humanidad temprana busca ordenación cósmica e identidad tribal en los tótems de animales. El oso, el águila o la serpiente totémicos proporcionan inmediato acceso, tanto literal como simbólico, a los poderes custodios de lo sobrenatural. El chamán lleva la máscara del jaguar; él es el jaguar con el que el clan se encuentra en la clarividencia del trance, de la iniciación en lo humano. La heráldica que llega hasta el comienzo de la modernidad es un zoológico. Hay unicornios sosteniendo escudos reales y sirviendo en guardarropas. Además, el mundo de las fábulas primordiales, de las *figurae* gráficas que marcaron nuestra maduración, está poblado de seres híbridos, en parte dioses, en parte animales, en parte hombres. En ningún momento renuncian ni la imaginación ni el subconsciente a su parentesco con categorías de existencia distintas de las estrictamente humanas. Aunque sea parcial —la historia del *Homo sapiens* es breve—, el proceso de humanización parece haber dejado profundas cicatrices y nostalgias. Hemos sido exiliados a nuestra humanidad.

De ahí el extenso catálogo de formas híbridas. Centauros, sirenas, arpías y tritones atraviesan leyendas y pesadillas galopando, cantando, nadando o lanzándose en picado. Pájaros con rostro de mujer, mujeres con cola de pez, caballos medio hombres nos hablan de un mundo en el que la creación estaba re-

pleta de borradores, de indiferenciaciones y de una alquimia provisional. Hay seres que cruzan y vuelven a cruzar la frontera no marcada, que transgreden en el sentido estricto del término. En los relatos folclóricos y en los cuentos de hadas abundan los hombres lobo. La separación del hombre y el oso es vacilante y está abierta a la revisión. Los hombres leopardo rondan la noche africana. En la cara del cerdo de Circe parpadean ojos humanos. En iconos escatológicos, en la revelación y en el *Paradiso*, el desvelamiento divino, las formas configuradoras que pueblan el resplandor trascendental asumen figuras de animal. Están “Cristo el Tigre” y el águila coronada de la soberanía pontificia y combatiente. En estas esferas de posibilidades combinatorias, lo divino puede cohabitar con lo humano y con lo animal. No es solamente que las deidades, ya sean paleosiberianas, olímpicas o amerindias, se presenten bajo forma humana y animal cuando merodean entre nosotros; es que la cosmogonía está llena de heroicos y demoniacos “mulatos”, mestizos, octorones, en los que se combina toda amalgama imaginable de divinidad y mortalidad, de lo divino y lo bestial. La procedencia es una densa maleza. En un hombre o mujer en particular que es exteriormente humano, en los hijos de Leda o de Semele, están inextricablemente engranados un esperma divino, un engendrador en forma animal y un receptor humano. En Hércules o en Aquiles, el linaje divino y el humano, la frágil fábrica humana dentro del misterio de lo inmortal crea una tensión que es a un tiempo carismática y divisiva. Los enigmáticos “hijos de Dios” que se aparecen a mujeres terrenales en Génesis 6, los órdenes angélicos que han exacerbado durante tanto tiempo las controversias teológicas cristianas, los “superhombres” de la futurología de Nietzsche y de nuestra ciencia ficción e historietas cómicas son testimonio de una mezcla incesante. Somos aleaciones. Si los seres humanos son proclives a despertar siendo semidioses, titanes o reyes-leones, están igualmente en peligro de despertar siendo cucarachas. No es casual que la parábola de Kafka, quizá más que ninguna otra, haya venido a constituirse en emblema de nuestra inestable condición.

En consecuencia, los contornos de la sexualidad siguen siendo maleables. Etnógrafos, sociólogos y criminólogos elaboran conjeturas acerca de lo que la ley designa con el charro y grosero término de "bestialismo". Indudablemente, los modos de intimidad y relación erótica entre el hombre y la bestia han sido perennes y extendidos. La familiaridad erótica entre hombre y animal abunda en el aislamiento de la existencia del pastor, en las hipnóticas soledades de los pastos o praderas alpinos. Ese "estremecimiento en las entrañas", ese pasajero calor y arrebató de vitalidad no son sólo materia de mito, de Pasífae y su toro, sino un tópicó en los dominios de la agricultura, de la *husbandry* (una palabra interesante) y la migración. Atenuados por la alegoría, suministran la palpitación del relato en las *Metamorfosis* de Ovidio, en *El sueño de una noche de verano* y en la *Lamia* de Keats. Sin embargo, por lo que a la literatura seria se refiere, no digamos a la observación directa, el tema de la copulación entre hombre y animal sigue siendo casi tabú. Entre los modernos lo ha aventurado D. H. Lawrence y Montherlant. Una novela corta canadiense de una escritora prematuramente fallecida hace verosímil y profundamente conmovedora una relación amorosa entre una mujer solitaria y un oso curioso. Es una rara obra maestra. Una libido transgresora impregna las junglas oníricas y los desiertos bañados por la luna de Rousseau el Aduanero. Una apenas velada fantasía de anhelo sexual subyace al memorable *kitsch* de *King Kong*, así como al escabroso ingenio de *El asno de oro* de Apuleyo. ¿Qué serían los cuentos de hadas sin el motivo, que actúa en el mundo entero, de *la belle et la bête*, del cuerpo de una mujer unido a la piel peluda y a las garras retraídas de su seductor, un abrazo que se hace más desconcertante cuando la amada pide a su compañero que recobre su forma felina?

Quienes mantienen relaciones sexuales con un animal se acoplan con su propio pasado biológico y psicosomático. Se reintegran en una realidad perdida, a la vez aterradora y bucólica, en la que los prehomínidos y los homínidos aún no se habían separado de la proximidad del orden natural. De la

familia extensa de lo orgánico. El "amante de los animales" en sentido carnal escapa del intruso despotismo, de las exclusiones del lenguaje a que he aludido con anterioridad. En un relato húngaro al que puso música Bartok, es el bramido del celo que lanza el ciervo de los bosques, a su vez transmutado de humanidad, el que atrae a las mujeres. Y son numerosas las fábulas en las que desposado y desposada, al entrar en su cámara nupcial, tienen que arrostrar el aborrecimiento, la venganza febril del animal doméstico, que ahora se siente traicionado y les enseña los dientes o las garras. Como reza un proverbio turcomano, "cuando entres en tu lecho nupcial, mira a tu gato a los ojos".

La historia de la conducta del hombre para con los animales es fragmentaria. Su decisivo comienzo se nos escapa. Las representaciones animales de las cavernas paleolíticas, las estatuillas talladas en marfil de mamut o morsa de hace quizá dos mil años están electrizados de vida. Son las anotaciones de un depredador entre los demás depredadores. Su esencialidad, su penetración en el aura de la animalidad solamente ha sido igualada por Durero y Picasso. Pero su intención permanece oculta. ¿Eran objetos de veneración y propiciación religiosa concebidos para honrar y aplacar a unos seres emparentados con ellos a los que los cazadores han matado y consumido? ¿Estaban destinados estos inspirados frescos a servir de cebo, con la esperanza de que pusieran a la presa a su alcance? ¿O acaso las maravillas de Lascaux no eran "nada más que arte", producto de un instinto para la creación mimética y la belleza propio del hombre? Este acto disociaría al hombre de los animales, en cuyo caso la ubicación poco menos que inaccesible de buena parte de la pintura rupestre plantea otro problema. De lo que no hay duda es de la profunda conciencia, de la mutua proximidad, de la interacción, ya hostil ya familiar, que liga a unas limitadas comunidades prehistóricas con los caballos, los osos, los mamuts, los lobos y los cuadrúpedos cervinos entre los que transcurría su vida auroral. Lo que vino después fue necesariamente matar y domesticar a una escala enorme y

durante largos milenios. Salvajes o domesticados, sueltos o con arreos, los animales se convirtieron en víctimas y esclavos del hombre. Le proporcionaron las diversiones de la caza —los monarcas medievales y del *ancien régime*, los ricachones eduardianos, los cazadores de las grandes llanuras americanas llevaron a cabo matanzas de piezas de caza obscenamente superfluas— o lo necesario en cuanto a alimento, vestido, herramientas y ornamentos. Hasta el día de hoy, los mares se tiñen de rojo con la sangre durante la pesca del atún, se abaten a tiros por diversión pájaros cantores y los restos de especies en peligro son acosados hasta la extinción por los ricos y los cazadores furtivos. Para hacer a los dioses cómplices de nuestro cruel apetito de sangre, el sacrificio de animales pasó a ser parte integrante de los ritos religiosos. Este fenómeno se cita como humanamente progresista en comparación con los sacrificios humanos. Un cumplido equívoco. ¿Qué culpa tenía el “carnero trabado en un zarzal por sus cuernos” cuando Abraham “lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo”? ¿Qué crimen había cometido la “hermosa” novilla que degolló Ulises con el fin de hacer de su sangre un señuelo para los sedientos espíritus de los muertos?

Presiden los clanes animales totémicos; se adoran dioses con forma de animal; la sabiduría popular y las mitologías atribuyen a los animales poderes preternaturales de anticipación, venganza o salvaguarda; en el Zodíaco, las estrellas dibujan nombres y contornos de animales; en momentos de lucidez sabemos que no somos ni más ni menos que monos desnudos. Si embargo, ¿quién desafió el mandamiento de Yahvé según el cual el hombre había de señorear “sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra [...] y todo lo que se arrastra sobre la tierra”? Además, es ahí, donde el budismo, el jainismo y las creencias animistas predicán la veneración por toda forma de vida, donde el trato real a los animales puede ser más bárbaro. La crueldad china para con los animales y la explotación a la que los someten siguen siendo indescriptibles. Aristóteles consideraba inverosímil que los animales pudieran poseer una facultad correspon-

diente a un alma. En algunas doctrinas de la metempsicosis, como la de Pitágoras, la psiquis caída lucha por liberarse de su punitiva y transitoria envoltura animal para recuperar su santificado rango humano. En toda la tierra y durante miles de años, se han sacrificado y cazado animales y se les ha matado trabajando. Apenas se distinguen señales de culpabilidad. La prioridad, escasamente examinada, de la superioridad y el bienestar humanos es utilizada por muchos para justificar la vivisección (una práctica que encuentro abominable). La idea de los derechos de los animales, de la responsabilidad ética hacia los animales, ha seguido siendo intermitente y excéntrica. Se ha dejado morir de hambre o de sed a la mula después de una vida entera de servidumbre; se ha abandonado al perro, atado, a un terror enloquecedor y al hambre cuando sus dueños (¿quién es *dueño* de un animal?) se cambian de casa. La historia del alborar de una compasión y una responsabilidad efectivas sigue sumida en la oscuridad, aunque unos pocos historiadores sociales y antropólogos filosóficos están ahora empujando a sacarla a la luz. Si bien los ejemplos documentados no son frecuentes, las protestas contra la tortura y matanza de animales en los circos afloran entre los moralistas romanos y los Padres de la Iglesia. En procesos sólo en parte dilucidados, el sacrificio de animales se aleja del judaísmo. (Pero ¿puede ser restaurado el Templo sin él?) Su rechazo es una de las glorias del cristianismo que nace y se desarrolla precisamente en el lugar en que prevaleció sobre los sangrientos rituales de los cultos a Mitra. Una corriente irregular, en buena medida subterránea, de sensibilidad precede a la ternura franciscana hacia la vida animal. La iconografía del cordero y el asno tal como aparecen en el simbolismo cristiano y en las parábolas cristológicas desempeñó tal vez un papel heurístico. El cazador asesino, como san Huberto, se detiene y se arrepiente cuando divisa una santa cruz que aparece de repente entre los cuernos del ciervo herido. Se honra al perro que, ya en la leyenda ya en la crónica, ha mantenido su guardia hasta morir de inanición sobre el cuerpo de su amo. En un retorno, quizá subconscien-

te, a ritos arcaicos, grandes artistas como Wagner piden ser enterrados junto a sus animales domésticos. Cuando arrojan un perro muerto en el Cementerio Viejo de Praga para profanarlo, el rabino ordena darle un entierro reverente. Esta empatía, estas indicaciones de un parentesco fundamental son, con todo, esporádicas y anecdóticas. La Ilustración, aun en su vena radical, no genera ningún sentido especial de protección de los animales. Los *philosophes* tienden a considerar todo afecto especial a los animales como un sentimentalismo infantil. La servidumbre de la bestia sometida al hombre es axiomática.

¿A qué se deben los actuales cambios de perspectiva, significativos aunque parciales? Aquí, una vez más, la historia es complicada y hasta ahora poco clara. ¿Qué es lo que ha inspirado modificaciones en el sentimiento humano que ahora exige que se proteja a tiburones que devoran al hombre y que se respete a la serpiente de cascabel? ¿Qué es lo que ha introducido de hecho en algunos sistemas legales la prohibición de la crueldad para con los animales? El darwinismo tiene una enorme importancia. El antiguo y atávico terror a nuestro origen en los animales y a nuestra consanguinidad con ellos, con los primates, avivó la oposición a la teoría de la evolución y continúa indignando a los fundamentalistas de Estados Unidos. Cuando matamos o maltratamos a los animales —también el tritón figura entre nuestros antepasados— cometemos un acto de parricidio genético. Una importancia comparable han tenido los estudios científicos y etológicos de la conducta animal. Jane Goodall entre sus chimpancés, Diana Fossey luchando por salvar de la extinción a los gorilas de montaña, Biruté Gladikas (conocida como “la madre de los monos”), han alertado nuestra conciencia de las complejidades sociales, de la riqueza y el *pathos* de la vida emocional de nuestros más que primos. Se nos ha enseñado a asombrarnos ante la danza de las abejas y ante el “periodo crítico” que tiene lugar cuando un patito busca a sus progenitores. La posibilidad de que ballenas y marsopas estén dotadas de medios para comunicarse, de códigos de señales que hasta ahora somos incapaces de entender sufi-

cientemente, el creciente conocimiento de los sistemas de navegación global celestes o magnéticos gracias a los cuales las aves migratorias cubren inmensidades oceánicas, han contribuido a alterar el estatus de los animales en la jerarquía de la existencia orgánica. Cuando miramos a los ojos a un chimpancé, estamos mirando un espejo triste. Un espejo acusador.

Sean cuales fueren las instigaciones, las nuevas actitudes hacia la vida animal, junto con las nuevas valoraciones de los derechos de los niños (es muy posible que las dos cosas estén relacionadas psicológicamente) se cuentan entre las muy escasas mejoras morales de la modernidad. Tenemos encima una pesadilla: la de un planeta contaminado, devastado, explotado hasta quedar inerte como la Luna. De unas catástrofes climáticas desencadenadas por nuestra insensata codicia. Buena parte de la Tierra ha sido ya despojada de su fauna natural. Cientos, probablemente, miles de especies animales han sido ya aniquiladas. Ríos, estanques, mares sometidos a sobrepesca no sostienen ya la fascinante cadena de la vida acuática y marina. El hambre enloquece y diezma a especies como el tigre, la onza o el oso polar. Con obscena ironía, los balleneros japoneses matan a sus presas para alimentar mascotas caseras y los cazadores furtivos acosan a los rinocerontes hasta la extinción para que sus cuernos suministren afrodisíacos a chinos estúpidos. Las alpacas han sido casi eliminadas para proporcionar jerseys y bufandas a las boutiques occidentales. Pero cada vez se están elevando más voces de protesta. Van desde la histeria criminal de ciertos grupos defensores de los derechos de los animales hasta la crítica razonada y un sentimiento muy extendido de malestar, de culpa compartida. Estamos empezando a sentirnos solos en esta poblada Tierra. La protección de la fauna y flora, la salvación de ciertas especies como el órix o el panda gigante al borde de la desaparición, la legislación encaminada a poner freno a la crueldad con los animales tienen a su favor un creciente espectro de energías individuales y colectivas. Al puma y al oso negro americano se les protege todo lo posible del cazador, del coleccionista de “trofeos”. Aún se llevan

pieles en las sobrecalentadas ciudades occidentales, pero bajo crecientes protestas. Tal vez se pueda enseñar al Extremo Oriente que con los perros se puede hacer algo mejor que comerlos. La cuestión del uso de los animales en la investigación médica es muy compleja. Suscita preocupaciones éticas y psicológicas extremadamente delicadas. Pero el debate y el enojo son inestimables. Revelan un cambio sísmico en la sensibilidad, en la percepción que tiene el hombre de su lugar en la creación y su incomodidad en él. Si el grito, la opresión de un animal en el laboratorio están justificados por el avance médico es, cuando menos, una cuestión que merece la pena plantear.

Desprovisto de todo componente sexual consciente o, en casos excepcionales, subconsciente, el amor de una persona por un animal puede igualar, puede superar, a cualquier otro. ¿Hemos tratado de comprender esto? A diferencia incluso del amor más devoto y apasionado entre seres humanos, el amor de un animal puede ser totalmente desinteresado. Queremos creer que los animales son capaces de desarrollar algunas modalidades de afecto hacia nosotros, que pueden "amar" a cambio. Sí manifiestan signos de necesidad recíproca, de cariñosa dependencia, de fidelidad (el perro de Ulises). Pero es posible que estos reflejos sean, en gran medida, *desiderata* por nuestra parte, figuraciones metafóricas y antropomórficas. ¿Podemos estar seguros? Lo que puede ser absoluto es nuestro amor por el animal o los animales en la vida, sin pedir ninguna garantía. Es parte de la extraña lógica de este absoluto que casi cualquier animal pueda ser su objeto. Elefantes, caballos, cabras, pero también hámsters, periquitos y canarios han despertado el amor y la congoja humanos. La muerte de un pececito rojo o de un pinzón puede dejar a los niños, pero también a los mayores, traumatizados y repentinamente conscientes de la relación entre el amor y la muerte. Hay hombres que han arriesgado la vida para rescatar de una casa en llamas a su querida serpiente pitón. Zambullirse en aguas heladas o turbulentas para rescatar al perro es un lugar común. Para muchos de nosotros, son los perros los que encarnan la necesidad de la devo-

ción total a un ser humano. Los gatos son otro reino. Bien a los pies de Richelieu, bien en la forma del Mitsou de Colette o en la del deslumbrante Bola de nieve en la mesa de mi traductora al francés, responden a nuestro afecto con ironía, con observador despego. Hay en sus ojos antiguos algo que encuentra un poco ridículo nuestro amor. A los perros se les puede querer con todas nuestras fuerzas. Su semblante puede convertirse en un talismán de mutuo reconocimiento. Parecen reflejar con misteriosa previsión su incipiente muerte y la nuestra. Escuchamos, identificamos el paso de nuestro perro, su ladrido, el gruñido que deja escapar medio dormido como nosotros emitimos el latido de nuestro corazón. Cuando nuestro perro muere, nuestra existencia se quiebra. La casa se queda vacía. La manta, el cuenco que han dejado resultan insupportables. Es fascinante que esta condición haya eludido al parecer el registro de Shakespeare, que por lo demás incluye todos los reflejos humanos.

Una inquietante paradoja acompaña a este amor. Hay quienes –posiblemente son muchos– quieren a los animales más que a los seres humanos. Raras veces se habla de esta verdad. La enfermedad o la muerte de un animal puede suscitar honduras de emoción más allá de las ocasionadas por los achaques humanos. El dolor de los animales, aun a distancia, ennegrece mi mente. En su magnífico libro sobre los tigres, Ruth Padel, poeta y viajera, habla de los chillidos de una boa constrictor a la que despellejan viva. Ojalá no hubiera leído jamás ese pasaje. Enferma mis sueños, incluso a la luz del día. Querer a los animales más que a las personas puede ser testimonio de algún visceral aunque no declarado desprecio por la inhumanidad del hombre, por su "bestialidad". Se intuye que los animales poseen tal vez una dignidad, una lealtad, una resistencia al sufrimiento y la injusticia que no tienen sino sólo unos pocos hombres y mujeres. Esto podría explicar el hecho turbador de que un amor y una compasión por los animales especialmente intensos se dan en hombres de un temperamento ideológico odioso y despótico. No son unos tipos precisamente tranquili-

zadores: Calígula y su caballo; Wagner y su perro de Terranova; el colapso mental de Nietzsche al ver azotar a un caballo; Hitler, si la leyenda es correcta, llorando cuando fue preciso sacrificar a Blondie, su amada perra alsaciana, en el infierno del búnker. Dispongo de toda clase de razones para tenerme por un ejemplo de cobardía física, por un mandarín burgués al que repele y asusta la violencia. No obstante, sé que si el peligro amenazara a mi perro, si alguien intentara hacerle daño, mi furia, mi impulso a interponerme podría volverse homicida. Si mi esposa o mis hijos fueran atacados por torturadores, les gritaría que resistieran, y me esforzaría por resistir yo mismo. Si fueran a pegar a mi perro o a sacarle los ojos, me derrumbaría inmediatamente y se lo diría todo. No son verdades bonitas. Desafían a la razón y a lo que debieran ser las jerarquías del amor humano. Suscitan cuestiones que atañen a unas inestabilidades primordiales, a la sobrevivencia de las afinidades y la penumbra zoológicas que trastocan nuestra frágil humanidad. Sin embargo, son verdades. Compartidas, supongo, por muchas más personas de las que lo reconocen abiertamente. Ulises dice adiós a Penélope no mucho después de su épico regreso al hogar. ¿Habría dejado Ítaca si hubiera vivido su perro Argos?

Una cálida ventisca nos envolvió. Mis dos hijos pequeños habían visto fotos de un perro de la raza llamada antiguo pastor inglés, también conocida como bobtail, en un suplemento dominical en color. Con toda la razón, mi mujer había señalado que era una raza demasiado grande para nuestra casa, que su opulento pelaje requeriría perpetuos cepillados, que en todo aquel animal había algo de ridículo, como en una tira cómica de James Thurber. Debíamos buscar una cosa razonable. ¿Qué tenían de malo los golden retriever? Por pura casualidad, unos criadores de bobtails vivían a sólo unas calles de distancia. Por echar un vistazo no se perdía nada. Allí estábamos sentados cuando la puerta del salón se abrió de golpe. Cinco alegres monstruos rodaron sobre nosotros. Mi hijo y mi hija desapare-

cieron chillando de gozo en una turbulencia de pelo gris, blanco y azulado, de narices negras como la pez y patas inverosímiles. El patriarca, un tal Markus, se instaló en el regazo de mi mujer. Ojos como perlas negras, un torbellino de imperioso afecto que daba al traste con cualquier precepto darwiniano acerca de la sobrevivencia de los más aptos o de los nichos adaptativos. Después, la espléndida manada, que abarcaba tres generaciones, se acomodó a nuestros pies y levantó la mirada hacia nosotros. ¿Cómo podíamos siquiera pensar en otra clase? A mi mujer le caían lágrimas de risa y aceptación por las mejillas.

Llegó el cachorro. Tan pequeño, tambaleándose tanto sobre sus patas peludas que apenas podía dominar la distancia entre nuestros hijos cuando estaban arrodillados en el jardín. Pocas semanas después, al volver a casa un día, observamos que la puerta del jardín se había quedado por descuido sin echar el pestillo. ¿Se había extraviado el cachorro? Nunca olvidaré la auténtica angustia que había en la voz de mi mujer, el dolor con que gritaba su nombre. Tras unos interminables momentos, los mechones blancos salieron corriendo de la oscuridad.

Rowena, nuestra lady Rowena (sir Walter Scott ocupaba un lugar preponderante en las lecturas de David y Deborah) alcanzó un esplendor regio. Los matices de gris, de blanco, los toques de azul grisáceo brillaban incluso a la luz de la luna. Nos proporcionó un adiestramiento completo. Un bobtail se hace notar, puede ser exigente, de forma amable o altiva, veinticinco horas al día. No es posible expresar con palabras cómo hasta su sueño llenaba la casa de un tibio zumbido, de un grado de presencia que lo invadía todo. Rowena nos enseñó que el pegote que le colgaba de la pata no era una herida abierta —por supuesto habíamos ido corriendo al veterinario muertos del susto— sino simplemente barro helado. Por aquel entonces yo daba clase en el extranjero, yendo y viniendo. Ella se entristecía y se le erizaba el pelo al ver mi equipaje, y acudía excitada a la puerta a la hora a la que yo salía del aeropuerto de Ginebra pa-

ra regresar a casa (los seres humanos emiten olores de expectación). La despedida tiene su aroma. Los antepasados de Rowena eran los mismos que los de los perros trabajadores que arrear el ganado en las tierras altas galesas. Pero las contritas vacas que veíamos en nuestros paseos por la orilla del río Cam le infundían cierto temor. Los matices de sus actitudes cuando se encontraba con otros perros eran tan variados y jerárquicos como cualquiera que figure en el almanaque Gotha. Reconocía como su igual a un soberano setter irlandés, exhibía una consideración un tanto condescendiente con el labrador, visiblemente sagaz, que vivía más abajo en nuestra calle. Los perillos ladradores, los lebreles que aparecían alguna que otra vez y los spaniels suscitaban en ella un desdén más o menos benigno. Los perros tienen pesadillas: Rowena temblaba en sueños, se despertaba perpleja y se agazapaba a mi lado buscando consuelo. La más ligera aflicción podía desencadenar una manifiesta melancolía. No hay una cosa que aflija más en el mundo que ver un bobtail desconsolado o incomprendido. Una vez, y sólo una vez, la llevamos a una residencia canina. Rowena se tumbó en el camino que conducía a la verja y no se movió de allí. Mi mujer y yo nos miramos, culpables, los niños se echaron a llorar, y se acabaron las planeadas vacaciones. Nunca olvidaré el sentencioso semblante de habernos perdonado que lucía la perra al subir de nuevo al coche de un salto. Por lo general, esta exigente raza no vive más de diez o doce años. Mi mujer, que nunca había tenido un cuadrúpedo de ninguna especie, se convirtió en una cuidadora experta y muy perceptiva (¡es también una gran historiadora, pero eso parece más rutinario!). Rowena vivió hasta los dieciséis años. Cuando, en el transcurso de un paseo vespertino, nos hizo ver que sus fuerzas decaían, tuvimos que llevarla a que la sacrificaran. Me faltó el valor por completo. Zara estuvo con ella hasta que se durmió. Después, nos sentamos en el coche, dominados por la pesadumbre. Se había hundido un mundo.

A Jemima la elegimos de una camada en Gloucestershire. Ya de cachorro, su elegancia, la nerviosa vivacidad de sus mo-

vimientos eran inconfundibles. Pero la habían criado en un excesivo confinamiento. Toda clase de ruido, de encuentro imprevisto, la asustaba. Era caprichosa, casi felina en sus humores y afectos. Quisquillosa con su dieta. Sucesivos intentos de aparear a Jemima resultaron un fracaso casi cómico. Parecía que consideraba todo el proceso que estaba por debajo de su caprichosa dignidad. Cuando sacudía la cabeza semejaba uno de aquellos vibrantes sabuesos heráldicos que pintó Pisanello. La queríamos mucho pero nunca dejamos de tener la sensación de que era una invitada, una transeúnte que venía de un dominio de seres de fábula sólo en parte accesible a nosotros. No llegó a una edad avanzada.

Si la palabra "dulzura" significa algo, es perfecta para Lucy. Era una perra de salvamento, pequeña de tamaño pero con un corazón ilimitado. Quizá conoció el sufrimiento antes de venir a nosotros. Tenía delicadas manchas, con suaves mechones de color *beige*. Su contento por haber encontrado un buen hogar era manifiesto. Nunca he visto un animal con mejor disposición, más ansioso por adaptarse. Le encantaban los niños, y ella a ellos. Los ruidos fuertes la hacían estremecer (a Jemima, el camión y los cubos de la basura la hacían sentirse terriblemente resentida). No había ni una pizca de agresividad en la compacta constitución de Lucy, ni un impulso hostil en su luminoso ser. Murió sumida en un tranquilo sueño, con la pata curvada en una característica postura de bienvenida.

Mientras escribo reina Ben. Preside nuestra vida cotidiana. El primer macho después de nuestras tres perras tiene la fuerza y la arremetida de un león. Es imposible contenerlo con la correa cuando se lanza a perseguir gatos, ardillas o clamorosos cuervos. Ben es un mafioso que exige respeto, capaz de enseñar unos dientes como alfanjes. Sin embargo, es con mucho el más cariñoso de todos. Es propenso a saltar al regazo de la gente, a presentar la lanuda pata al saludo y a la caricia. Se halla totalmente a sus anchas con cualquiera que se tope o que aparezca en la puerta. Es un diestro explorador de toda nuestra indulgencia, cambiando por una galleta los zapatos y las zapatillas

que esconde, enfurruñándose cuando la televisión no pone fondo a su siesta de la tarde. El cronómetro interno de Ben es impecable: funciona con total exactitud a sus horas habituales elegidas, ya se trate de la hora de comer o de la de apagar la luz. Su gusto musical es discriminatorio. Se muestra reacio a las bandas y emite un gruñido sordo cuando empieza el *Bolero* de Ravel. Está en paz con Haydn y con toda clase de instrumentistas barrocos. Tras haber figurado en fotografías y retratos hechos en el curso de entrevistas, tras haber honrado la portada de una prestigiosa revista literaria, Ben goza de una cierta fama. Ha sido descrito como "el carismático *Monsieur Ben*" (Lucy se hubiera escondido). Parece ser plenamente consciente de su rango. Esto incita quizá su conducta magisterial con otros canes. Perros falderos, terriers en miniatura y perillos ladradores despiertan en él un desprecio algo amenazador. Ha habido incidentes (el joven oficial de policía que vino a preguntar se derribó en el perceptivo abrazo de Ben). Sin embargo, no son los perros los que constituyen el centro de su interés. Es a sus amos a los que busca dando grandes brinco. Ben confía en lo irresistible que resulta y raras veces se ve frustrado. Los bomberos y los truenos son su cruz, pero la visita navideña del Ejército de Salvación, a pesar de la marcha que aporrean, es motivo de recíproca alegría. Ben es inexcusablemente exigente. Lee todos nuestros estados de ánimo, reflejando e imitando a su manera nuestra tristeza o nuestra dicha. Llena nuestros días. Ya sé que también Ben nos dejará antes de que pase mucho tiempo. Sólo que no puedo imaginarme estar sin él.

He querido escribir, ilustrar un libro sobre estos cuatro amigos íntimos. No es difícil convertir a los animales en megáfonos de las voces humanas, como hacen Esopo o La Fontaine. Inventar un Babar o un Bambi. Es enormemente difícil hacer verosímil lo que intuimos de la identidad interior de un animal, de la opinión que tiene de nosotros. Yo me había propuesto escribir una serie de cuentos de hadas para mis dos nietas. Sería una fábrica de sueños donde Rowena, Jemmy, Lucy y Ben

se reunirían durante las largas noches, zampándose una cueva de Aladino de chocolatinas sin ponerse malos. O el jardín de un brujo en el que *ellos* serían los amos. Esperaba convencer a mi Rebecca y a mi Miriam, y también a mí mismo, de que hay una Arcadia después de la muerte en la que estaremos juntos. Quienes han conseguido escribir tales historias, quienes han oído silbar el viento en los sauces y cuchichear a los lobos son totalmente excepcionales. Son escritores de genio (Jack London, Rudyard Kipling, Virginia Woolf, Colette). En ellos ha seguido viviendo el niño... y una envidiable extrañeza. Yo apenas puedo figurar a su lado.

Pero estoy convencido de que la crueldad, la codicia, la rapacidad territorial y la arrogancia humanas exceden a las del reino animal. El maltrato que infligimos a los animales, las insensatas hecatombes a las que recurrimos, como sucedió durante el pánico de la fiebre aftosa, son síntomas de una ceguera o de una indiferencia titánicas. Como he dicho, no hay ningún rincón en la Tierra en el que, cada día y cada hora, no se golpee a los animales, se les mate trabajando o se les cace por entretenimiento (la palabra *game* [caza/juego] es elocuente). Es como si el hombre estuviera poseído por el deseo de eliminar los vestigios que quedan de un Edén perdido. Parecen recordarle de manera insoportable alguna original pérdida de la inocencia, de la camaradería universal. Mientras sigamos humillando y matando a los animales, mientras sigamos negándonos a leer en sus ojos las señales de la premonición y el sufrimiento, nuestra política del odio y de la destrucción muerta no tendrá fin. Tal vez aún haya tiempo. Los desastres naturales parece que se multiplican: maremotos, erupciones volcánicas, terremotos, letales caídas de rocas y deslizamientos de fango. Es como si una Tierra humillada y destrozada se estuviera rebelando. Como si el mundo orgánico, del que los animales son un componente tan esencial, estuviera cansándose del dominio despilfarrador y depredador del hombre. Donde se han cerrado las fábricas contaminantes en la Nueva Inglaterra septentrional, los bosques han vuelto. Antaño cazado hasta

casi extinguirse, el jabalí gruñe en los bosques europeos. Se han visto salmones en el Hudson.

Soy consciente de lo que estas convicciones pueden tener de confuso e irracional. Yo como carne. Me valgo del progreso médico asociado a los experimentos con animales. Indudablemente, en el amor que he sentido por mis perros en estos últimos treinta años hay una vena de sentimentalismo, de *pathos* autocomplaciente. Mi pesar por la pérdida de estos buenos compañeros es en cierto modo más agudo, más prolongado que el que he sentido por cualquiera, excepto por unos pocos seres queridos. Esto puede indicar un defecto emocional, una inmadurez en mi psiquis. Acaso se relacione con la desolación de un niño por la pérdida de su osito de peluche. Si tengo algo que legar a mi muerte (lo cual es dudoso), es muy probable que no vaya a los indigentes o a la protección de niños, sino al adiestramiento de perros lazarillos para ciegos. Son seres magníficos. Necesitan hogares para jubilados. No me enorgullezco de estas decisiones. No son negociables, lo cual es tal vez indefendible. ¿Son lo que queda en mí de judío?

Escribir mi "libro de animales" hubiera requerido algo más que unas notables habilidades psicológicas y narrativas. Hubiera precisado una cruda introspección. No tuve agallas.

Petición de principio